

diálogo entre el famoso rey Achis y David, en que se dicen mil piropos, para concluir el rey por despedir de su ejército al refugiado israelita, de quien recelaban los príncipes filisteos les hiciese una trastada en la guerra que contra Saul emprenden con grande brío y pujanza. Declaro que estos filisteos debieran ser graduados de doctores en sentido común.

Mustio y cabizbajo volvía David á Siclag, despedido por Achis, cuando le llega la terrible noticia de que en su ausencia habían caído sobre su ciudad de refugio los amalecitas y se lo habían llevado todo por delante, ganados, niños, mujeres, todo, incluso las dos esposas útiles de David, las señoras Ahinvan y Abigail.

Figúrese cualquiera la cara que pondría el futuro santo rey con semejante noticia. Pues aún más fosca que la del pretendiente pusieron las caras sus soldados, que estuvieron á punto de apedrearle. Seamos, sin embargo, justos. Ni los soldados tenían razón, ni David dió en este trance terribles muestras de ser un gallina, sino un hombre de pelo en pecho y de cacúmen. Manda, en efecto, que Abiathar, el sacerdote, le traiga el efod, en cuyo chirimbolo pregunta á Jehová, que le responde muy claramente lo que debe hacer, y es seguir á los ladrones de los amalecitas, alcanzarlos y rescatar el precioso botín que se llevaban.

Dicho y hecho. Con sus 600 guerreros emprende decididamente la marcha, y aunque se le quedaron 200 rezagados en el arroyo de Besor, no se amilana, antes bien, apretando el paso de los 400 que quedan, cae como un torbellino sobre los descuidados amalecitas, los hiere sin piedad, los mata como si fueran de mantequilla, y recobra la presa, en que iban sus mujeres, y hace un magnífico botín que reparte por igual entre los que asistieron al combate y los que habían

quedado rezagados, disposición equitativa que, en adelante, quedó por ley en Israel.

En el capítulo XXXI y último de este primer libro de Samuel, se cuenta la terrible batalla cuyo desgraciado suceso había sido anunciado por la sacerdotisa de Eador. En Gilboa, donde filisteos y hebreos vinieron á las manos, cayeron Jonathan, Abinadab y Melquisua, hijos de Saul, y cayó Saul mismo, acabando, de consiguiente, su hipocondría, sus rabiets y sus consultas á Jehová. Su manera de fenecer fué sumamente gallarda, pues no queriendo caer vivo en poder de los aborrecidos incircuncisos, manda á su escudero que le mate. No se atreve á tanto el pobre mozo, y el rey entonces se arroja valientemente sobre su propio acero. Notable caso de suicidio, sobre que no me creo obligado á guardar reserva, á pesar del compromiso de la prensa con el señor gobernador civil de Madrid, porque espero que esto de echarse sobre la espada no tendrá imitadores, siendo tan cómodo y barato arrojarse sobre los adoquines de la calle de Segovia desde lo alto del viaducto.

XLIII

SEGUNDO LIBRO DE SAMUEL

Tan pronto como David sabe que ha muerto Saul representa la comedia de un extremado sentimiento. Lo primero, como es de rúbrica, rompe sus vestidos, y en seguida manda acuchillar al mensajero, por el enormísimo delito de haber rematado á Saul, que se lo pedía en horrenda agonía. «¿Cómo te atrevistes, miserable, le dice, á poner tu mano en el ungido de Jehová?» Pero, en cambio, ¡hipócrita! recoge la corona y el anillo del rey difunto, que el infeliz amalecita le traía. Yo no dudo que, al obrar así, David lo que trató fué de hacer sagrada la persona real

en ojos del pueblo, y lavarse de la mancha de haber formado parte del ejército que acabó con Saul y Jonathan.

Después David compone un hermoso cántico en honor de los muertos. ¡El, que había estado al servicio de los matadores, y sólo por escrúpulos de estos no había asistido al campo fatal de Gilboa!

¡Es cuanto puede hacer un pretendiente á la corona! ¡Es cuanto puede dar de sí el santo Rey prototipo de la raza hebrea!

Dirigese á Hebrón David, por orden de Jehová, reparte entre las ciudades de Judá su gente de guerra, y apoyado por su tribu, es ungido por rey de ella.

Mas no todos fueron infieles á la dinastía de Saul, tan gloriosamente acuchillado en Gilboa. Abner, general israelita, proclama rey á Is-boseth, hijo del difunto. Escepto la tribu de Judá todo Israel siguió á Is-boseth por dos años, en los cuales los ejércitos de ambos reyes, mandados por Abner y Joab, dieron una muy recia batalla, en que hay un caso parecido al de los Horacios y Curiosos de la historia romana. En esta batalla, Abner fué derrotado por Joab. Este tenía un hermano, de nombre Asael, ligero de pies como un corzo del campo, al decir de la *Biblia*. Huyendo Abner, persigúale Asael con insistencia. Advértele el general que se aparte: el mozo no hace caso: vuelve Abner la cara y con su lanza traspasa de pecho á espalda á Asael, que concluye de este modo su carrera. En esta tremebunda batalla, tan detalladamente contada, resultan de los de David 19 muertos y de los de Is-boseth 360. Es probablemente el único pasaje bíblico en que los números son exactos. De aquí se puede deducir la exageración ridícula de aquellas hecatombes de cientos de miles de hombres, que en otros pasajes se dan por muertos en un combate.

La guerra entre David é Is-boseth, fué poniendo poco á poco de parte del primero los mejores elementos del pueblo hebraico. Sin embargo, quedábanle grandes elementos al hijo de Saul, cuando cometió una falta imperdonable, que le costó la corona.

Había tenido Saul una concubina, llamada Rispa, la cual, muerto el rey, había tomado por mujer el general Abner. Is-boseth, no viendo aquello con calma, reprendió agriamente el general, que le replicó con dureza, y se juró además en su corazón traicionar al ingrato que debiéndole el trono, le hacía cargo por una mujer.

Y, en efecto, como el odio del israelita no admite espera, inmediatamente se pone á parlamento secretamente con David, el cual por su parte, viendo á Is-boseth, darse aire de justiciero, le reclama la infanta celeberrima, aquella Michal que Saul había dado á un tal Paltiel, á quien ahora se la quita Is-boseth para restituírsela á David. Dama traída y llevada en demasía, á quien el pobre de Paltiel siguió gran trecho llorando á lágrima viva, hasta que Abner le manda largarse.

Cuando éste tuvo urdida la trama de la conspiración, fuese con 20 hombres á Hebron, residencia de David, que le recibió con cara de pás-cua y le festejó en regla. Promete Abner un levantamiento general de las tribus que seguían á Is-boseth, acepta David, y se despiden con grande amor.

Pero se recordará que Abner había matado por su mano á Asael, hermano de Joab, el general de David. Tan pronto como éste sabe la llegada de Abner, acude á Hebrón, habla con David, le dice que Abner le engaña, y enviando falsos mensajeros tras el general, le hace volver á Hebrón, donde le mata miserablemente á traición. David se lava las manos en este negocio de la muerte de Abner, y le hace gran entierro y

le endecha, aunque el gran hipócrita se guarda muy mucho de castigar á Joab, antes bien, cada día le hace más mercedes y concede más autoidad.

Con unas cosas y con otras, con las muertes útiles, y las endechas bellas, David se consolidaba en su trono de Judá, y ganaba poco á poco el de Israel.

Así que Is-boseth supo la muerte de Abner en Hebrón, se dió por perdido, y no sin fundamento. Dos capitanes, llamados Boana y Rechab, le matan en su propia casa, y, cortándole la cabeza, se la llevan á David á Hebrón. David, fiel á su papel de hipócrita, mata á Boana y Rechab por haber puesto sus manos profanas en la sagrada persona de un rey, y manda poner la cabeza de Is-boseth en el sepulcro de Abner, sin duda para que allí, mientras él reinaba sobre todo el pueblo israelita, disputasen sobre el negocio de la famosísima Rispa, la concubina de Saul, que fué la *ella* de esta tragedia hebráica. Cuando la cabeza de Is-boseth y el cuerpo de Abner es tuvieron en el fondo del mismo sepulcro, con suficiente holgura para solventar sus enconadas diferencias, David, sin el menor obstáculo, se calzó las suspiradas botas, quiero decir, que fué coronado y ungido por rey sobre toda la familia israelita.

La ceremonia se verificó en Hebrón, y encuentro en ella de notable la falta del correspondiente canto. Habremos de achacarlo á la viva emoción del *cantaor* al verse dueño de una corona que tantos sudores y fatigas le costaba, emoción que sin duda le puso tembloroso y ronco, pues suponer otra cosa fuera irrespetuosidad manifiesta hacia un varón que largaba un *salmo* en un abrir y cerrar de ojos sobre cualquier asunto, lo mismo sobre el mentir de las estrellas que el atisbar á las buenas mozas en ropas mínimas,

Reunida la casa de Jacob en la fuerte, hábil y experimentada mano de David, marcharon las cosas viento en popa cerca de un siglo para aquellos desdichados judíos que tantos y tantos años habian hecho de nalgas de fraile para con egipcios y ammonitas, orientales y filisteos.

El primer acto de David como rey, fué la toma de un fortín de menos importancia que el último de los castilletes moriscos que tanto abundan en esta nuestra tierra de garbanzos. Este fortín, situado cerca de donde más tarde se levantó el templo de Salomón, es la titulada fortaleza de Sion, que tanto papel juega en las poesias judaicas y cristianas. Quitóle el rey el nombre de Sion y dióle el de ciudad de David, donde se edificó una casa, la no ménos famosa casa de David, que apuesto un rosario de N. S. de Lourdes á un católico fanático, que no tenía ni la alzada ni el *confort* de cualquiera de las casas de la calle del Tribulete de Madrid, á pesar de los cedros enviados por Hiram de Tyro, personaje bíblico que aparece de refilon siempre que se trata de arquitectura, en calidad de gran suministrador de materiales.

Hecha la casa «tomó David *más* concubinas y mujeres de Jerusalem, despues que vino de Hebrón, y nacieron *más* hijos é hijas,» cuyos nombres se dicen en sendos é interesantísimos versículos.

¡Ah! poetastros católicos, que tan apedreados nos teneis los oídos con vuestra Sion y vuestro rey salmista: paréceme que si el poco caletre que empleais en admirar, empleareis en estudiar lo que era Sion y lo que fué David, aun siendo tan poco, os bastaría para que comprendierais que lo que tocáis en las loas no es la lira, sino el violón.

Una paliza de los israelitas á los filisteos, en que Jehova dice lo que se ha de hacer, al modo que lo decían las pitonisas, cierra el capítulo V,

tras el cual, como es lógico, viene el VI, que es un capítulo de los buenos para curar la chifladura de las revelaciones positivas.

Dice este capitulejo, que David reunió 30.000 hombres escogidos de Israel (¡eche usted hombres escogidos!) para llevar el arca del pacto desde Baal de Judá, á donde despues de tantas andancias se encontraba, hasta Jerusalem. En esta traslacion todo el mundo ve claramente el deseo de David de tener cerca de sí, y en la nueva capital del estado, objeto de tanta veneracion para su pueblo como el que contenia las tablas que Moisés había hecho pasar como escritas de la propia mano del gran Jehová. Política, y política hábil, se llama esta figura, que nadie debe cesurar á un rey de baja y reciente extracción, como David; pero, por lo que se vió, la uva estaba todavía en agraz.

Pues aunque puso en ello el mayor cuidado, y trató de engatusar á todo el mundo con magníficos banquetes, el arca no fué por entonces á Jerusalem.

La *Biblia* cuenta esto de una manera sumamente curiosa; dice así:

«Y pusieron el arca de Dios sobre un carro nuevo, y lleváronla de la casa de Abinadab, que estaba en Gabaa: y Uzza y Ahio, hijos de Abinadab, guiaban el carro nuevo. Y cuando lo llevaban en Gabaa con el arca de Dios, Ahio iba delante del arca: y David y toda la casa de Israel danzaban delante de Jehová (*delante del arca, entiéndelo bien, lector*) con toda suerte de instrumentos de madera de haya, con arpas, salterios, adufes, flautas y címbalos. Y cuando llegaron á la era de Nachon, Uzza extendió la mano al arca de Dios, y tívola, porque los bueyes daban sacudidas. Y el furor de Jehová se encendió contra Uzza, é hiriólo allí Dios por aquella temeridad, y cayó allí muerto junto al arca de Dios. Y entristeciósse David por ha-

ber herido Jehová á Uzza: y fué llamado aquel lugar Pérez-Uzza hasta hoy.»

El bailar de David delante del arca no lo comento ahora, porque inmediatamente habrá lugar de hacerlo con más datos. Mas lo que pasó en Pérez-Uzza (de donde, entre paréntesis, tal vez vengan los apellidos Pérez que en España da la docta Academia por derivados de Pedro), me indica á mi que allí hubo la de Dios es Cristo, sobre si me llevo ó me dejo el chirimbolo bíblico del arca del pacto. Suponer otra cosa, es hacer á Jehová un mostrenco, pues herir de muerte á Uzza, que al fin y al cabo era hijo de un sacerdote é iba á evitar que el arca y las piedras se hiciesen añicos con el traqueteo del carro, cuando se contentó con herir de almorranas á los filisteos que le atraparon el arca y la dieron mil porrazos, no cabe, no ya en la mollera de un Dios, pero ni siquiera en la de un católico chapeado de comentarios á lo padre Scio.

Resumen: que el arca, por esta vez, no fué á Jerusalem, sino á casa de Obed-edom, donde se estuvo quietecita un trimestre, en el cual cayeron á porrillo las bendiciones de Dios sobre Obed-edom y su familia. Entonces David, creyendo llegado el momento de la mudanza definitiva de domicilio para la asendereada arquilla...

«...Trajo el arca de Dios... á la ciudad de David con alegría. Y como los que llevaban el arca de Dios habían andado seis pasos, sacrificaban un buey y un carnero grueso. Y David saltaba con toda su fuerza delante de Jehová: y tenía vestido David un efod de lino... Y como el arca de Jehová llegó á la ciudad de David, aconteció que Michal, hija de Saul, (*la famosa infanta*), miró desde una ventana, (*¡oh antigüedad respetabilísima del fisguelo!*) y vió al rey David que saltaba con toda su fuerza delante de Jehová: y menospreciólo en su cólera.»

Lo dicho. Los autores bufos del porvenir tienen un inagotable repertorio en la *Santa Biblia* para sus operetas. David, medio en cueros, porque un efod era poco lino para cubrir decentemente á un hombre, bailando como un loco y saltando como un frenético delante del arca; que se paraba á cada seis pasos, para que una muchedumbre ébria, empolvada y sudorosa, echase un piscolabis y degollase un par de bestias, es lo más clásicamente bufo que se conoce, si se repara la circunstancia agravante de una reina en participación, como la señora Michal, atisbando desde una ventana á su marido, al que recibe después desdeñosa con estas gráficas palabras, en que se envuelve una terrible ironía: «¡Cuán honrado ha sido hoy el rey de Israel desnudándose hoy delante de las criadas de sus siervos, como se desnudara un juglar.»

Michal, *Tu dixisti*. Un juglar llamaste á tu marido. ¿Acaso era otra cosa? ¿Acaso fueron más juglares otros muchos profetas? De buena voluntad te perdono tu bárbaro y sanguinolento dote y tus idas y venidas, por esta palabra tuya de última hora, que es un sol alumbrando una caverna,

En las historias de todos los pueblos del mundo, no aparecen los reyes constructores y artistas sino después de otros batalladores y rudos, que tras de cien combates asentaron la nación sobre sólidos cimientos, dándola por las armas holgura, paz y riquezas para realizar las grandes obras.

Mas esto, que en todas partes sucede de una manera natural y corriente, en la llamada *Historia sagrada*, que nos relata la *Santa Biblia*, acontece por arte de magia, encantamiento ó revelación, que da á un suceso naturalísimo colorido rabiosamente ridículo.

Nada más lógico, en efecto, que David, después de reunir en su mano toda la mal avenida

familia de Jacob, y habiéndola hecho respetar por las armas de seculares enemigos, procurase edificar en la nueva capital de Jerusalén, donde tan á empeño había tomado llevar el arca, un templo que cobijase y diera autoridad al testimonio material del culto mosaico, que era indudablemente el lazo más fuerte de unión entre las tribus.

Nada más lógico, tampoco, que David hubiera de contentarse con su buen deseo y que sólo lo-grase acumular materiales para una obra que únicamente su pacífico sucesor podría llevar á cabo.

Pero como ya he dicho que en la *Biblia*, aun lo más natural sucede de un modo extraño y milagroso, aparece que David, consultando el caso de la construcción del templo con un su ministro, llamado Nathan, da lugar á que Jehová tenga que abandonar el empero, en que de ordinario mora, para venir á charlar mano á mano con el susodicho Nathan, á quien encarga diga á David un porrillo de tonterías sobre historias pretéritas y futuras, para venir á la conclusión de que no se meta en los dibujos de la edificación del templo, pues semejante empresa no estaba para él, sino para un sucesor suyo que había de ser hombre de chapa y de agallas arquitectónicas.

Como Jehová fué toda su vida un personaje estrañario, á nadie que le conozca á fondo debe extrañar esta carambola de revelación que hace con Nathan, personaje de segunda fila. Lo lógico es que hubiera hablado á David directamente, personaje por él elegido, por él ensalzado á la alcurnia regia, por él guardado y por él inspirado en cien anteriores negocios de muy secundaria importancia, en relación con este del templo, que equivalía á un alojamiento decente, barato y perpétuo de Jehová. Pero en éste, la lógica siempre anduvo en mantillas, y por eso vemos á David arrodillado, diciéndole mil requilorios con motivo de la profecía de Nathan.

El capítulo VIII cuenta las victorias de David sobre los filisteos, los moabitas, un rey de Soba, los sirios, los idumeos y otros pueblos, á quienes dejó más limpios que una patena, pues les robó cuantos metales preciosos tenían y se los trajo por delante á Jerusalén, con destino al templo que proyectaba. El aficionado á estas menudencias y latrocinios, que á mi parecer tienen muy poco de sagrados, en la *Sagrada Biblia* los hallará menudamente relatados. Yo me detengo poco en ellos, pues los robos de iglesias de nuestros días, parecen que no son menos instructivos, y, sin embargo, con un suelticillo de cuatro líneas en un periódico, los despacha el crítico más concienzudo.

Recuerdo que aquel canalla de Trastámara, que merced á un fratricidio alevoso se ciñó la corona de Castilla, después de haber hecho una *razzia* en la casta de D. Pedro el Cruel, perdonó á un hijo de éste, por habérselo suplicado estando de parto su mujer. La crónica que nos cuenta este rasgo de magnanimidad, añade que D. Enrique, no queriendo volver sobre su real palabra, condenó al perdonado á que se hiciera cura. Sin duda pensó el bastardo que de este modo no le harían competencia á sus hijos los hijos del cogullado, en lo cual, sólo se equivocó á medias, pues, aunque no reyes, el cura, que llegó á obispo, engendró más de media docena de pequeños obispos sin mitra, de quienes no faltan hueranos de la heráldica que hacen descender muchos de los apellidados Castilla en nuestros días.

Digo esto, al propósito de que David, después de haber dejado á Jehová acabar con la casa de Saul, que, dada su afición á las mujeres, debió tener un sin fin de hijos, buscó por todo su reino un descendiente del vencido de Gilboa para hacerle merced y darse de este modo aires de magnánimo y agradecido á la amistad de Jonathan.

En una aldea pareció un cojo de doble cojera, quiero decir, lisiado de ambos pies, llamado Mefiboset, hijo de Jonathan. Mandóle venir á su presencia David, que sin duda debió reír grandemente viendo el retoño que había dado de sí aquel árbol florido de Saul. Y pretendiendo ser justo, le devolvió los bienes de su abuelo, encargando á un tal Siba que con sus hijos y sus siervos labrase las tierras y cuidase la hacienda de Mefiboset. De este modo, estoy yo dispuesto á ser generoso á todas horas. Cierto que no de otra manera suelen ser generosos los reyes, que con la hacienda ó los servicios de los demás.

En el capítulo X se muere un rey de los ammonitas, porque el ser rey no libra de la muerte, y le sucede en el trono un su hijo, llamado Hanun, á quien David envió embajadores que le consolasen en el grave duelo que debió causarle la muerte de su papá. Pero como los reyes suelen conmovirse poco con las muertes que les ponen en los tronos, Hanun, que debía tener más ganas de reír que de llorar, cogió los embajadores y rapóles la mitad de las barbas y cortóles la mitad de los vestidos, dejándolos hechos unos verdaderos espantajos, y envióseles de esta suerte á David. Los desventurados arlequines, llenos de vergüenza, se retiraron á Jericó á que les creciesen las rapadas barbas y proporcionarse otros vestidos, y David, furioso con la burla, envió contra los ammonitas á su general Joab, que á éstos, y á sus auxiliares los sirios, les hizo pagar caros los pelos de los embajadores. Cosa que encuentro muy en su punto, pues el afeitar á un hombre malamente y contra su voluntad, es cosa inaguantable, aun cuando este hombre sea un embajador. ¿Qué diríamos los españoles de hoy, y sobre todo, qué haríamos, si el príncipe de Bismarck nos enviase rapada media barba, cortada media levita y con una sola pernera de los pantalones al embajador que tan oportu-

namamente ha enviado el Sr. Cánovas á Berlín para tratar de los asuntos del Congo?

Hay casos y cosas que sólo un Homero, un Virgilio, ó cuando menos un Espiritu Santo, pueden y deben tratar convenientemente, pues exigen un estilo tan alto como tan bajo, tan claro como tan turbio, tan dificultoso y enrevesado como sencillo y natural. Los pequeñitos como yo, y que por añadidura hemos caído en la tentación de escribir para el público en estos miserables tiempos, en que hay leyes provinciales que tienen artículos de goma elástica que se estiran y encogen como la tripa de Jorge, gracias á las gangosas gracias de un Toreno que rajan en canal la moral y la decencia de un periodista, deben limitarse á ser meros copistas de los sudichos casos y cosas, único medio de echar el furor decentil y moralesco gobernante á persona que pueda contrarrestarle.

Por esto, y otras cosas que me callo, copio á la letra lo que sigue del capítulo XI, del segundo *Libro de Samuel*, suplicando al lector que tenga en cuenta los tiempos si encuentra la cita larga.

En cambio es sabrosísima, como se verá.

Allá vá moral y decencia bíblica:

«Y aconteció... que David envió á Joab y á todo Israel... y pusieron cerco á Rabba: mas David se quedó en Jerusalem.

»Y acaeció que levantándose David de su cama á la hora de la tarde, paseábase por el terrado de la casa real, cuando vió desde el terrado una mujer que se estaba lavando, la cual era muy hermosa. Y envió David á preguntar por aquella mujer, y dijéronle: Aquella es Bath-sheba, hija de Eliam, mujer de Uria Hetheo.

»Y envió David mensajeros y tomóla: y así que hubo entrado á él, él durmió con ella. Purificóse luego ella de su inmundicia, y se volvió á su casa.

»Y concibió la mujer, y enviólo á hacer saber

»á David, diciendo: Yo estoy embarazada. Entonces envió á decir á Joab: Enviame á Uria Hetheo. Y enviólo Joab á David. Y como Uria vino á él, preguntóle David por la salud de Joab, y por la salud del pueblo, y así mismo de la guerra. Después dijo David á Uria: Desciende a tu casa y lava tus pies. Y saliendo Uria de casa del rey, vino tras de él comida real. Mas Uria durmió á la puerta de la casa del rey con todos los siervos de su señor, y no descendió á su casa. E hicieron saber esto á David... y dijo... á Uria...: ¿Por qué, pues, no descendiste á tu casa?

»Y Uria respondió...: El arca, é Israel y Judá están debajo de tiendas; y mi señor Joab y los siervos de mi señor sobre la haz del campo: ¿Y había yo de entrar en mi casa para comer y beber, y á dormir con mi mujer? Por vida tuya, y por vida de tu alma, que yo no haré tal cosa.

»Y David dijo á Uria: Estate aquí aun hoy, y mañana te despacharé. Y quedóse Uria en Jerusalem, aquel día, y el siguiente. Y David lo convidó, é hizole comer y beber delante de sí, hasta embriagarlo. Y él salió á la tarde á dormir en su cama con los siervos de su señor; mas no descendió á su casa.

»Venida la mañana, escribió David á Joab una carta, la cual envió por mano de Uria... diciendo: Poned á Uria delante de la fuerza de la batalla, y desamparadle para que sea herido y muera. Así fué que cuando Joab cercó la ciudad, puso á Uria en el lugar donde sabía que estaban los hombres más valientes... y murió también Uria Hetheo.

»Entonces envió Joab, é hizo saber á David los negocios de la guerra...

»Y fué el mensajero... y dijo...: pero los flecheros tiraron contra tus siervos desde el muro, y murieron algunos...; y murió también tu siervo Uria Hetheo.

»Y dijo David al mensajero: Dirás así á Joab:
»No tengas pesar de esto...

«Y oyendo la mujer de Uriá que su marido
»Uriá era muerto, hizo duelo por su marido. Y
»pasado el luto, envió David y recogióla á su
»casa: y fué ella su mujer y parióle un hijo.»

Sin comentario para evitar tropiezos. Este David y esta Bath-shea, fueron el padre y la madre del famoso Salomón.

En ninguna historia profana se cuenta una rufianada más asquerosa, que esta del santo rey David con el pobre Uriá, digno de mejor rey y de mejor esposa. Jehová, que tantas había pasado, lo mismo á Lot que á Raquel, á Jacob que á Rubén, á Moisés que á Jefe, á Saul que al mismo David, creyó propio de su dignidad de monarca de las nubes y de los vientos, del cielo azul y de la tierra verde, mostrarse un tanto fosco con su representante en Israel, siquiera por el bien parecer.

Al efecto, inspira á Nathan un cuentecillo y le ordena que se le cuente á David, que al ver en la parábola un hombre robador, artero y desleal, le juzga digno de muerte. Entonces Nathan dice al rey que se aplique el cuento, profetizándole que la porquería que él ha hecho en secreto con la mujer de su prójimo, habrá quien la repetirá en público con las suyas, atrocidad que, en efecto, se realizó, y dará lugar en su tiempo oportuno al más estupendo y grave de estos comentarios bíblicos.

David era un católico prehistórico ó prematuro. Reconoce su pecado, le llora, se arrepiente y se queda tan tranquilo. Al niño, fruto de este adulterio infame, le hiere y mata Jehová, que castiga al más débil y al único que ninguna culpa tenía, lo que indica la antigüedad respetabilísima de esa política divina y humana que resume este refrán: «el último mono es el que se ahoga.» Muerto el chiquillo, David consueta á

Baht-sheba, que «le parió un hijo, y llamó su nombre Salomón, al cual amó Jehová.»

Tal amor no me parece muy justo y me indica que, el enfado divino con David y la mujer de Uriá, fué un enfado de mentirijillas, y como he dicho, por el puro bien parecer.

Ignoro quién habrá inventado el refrán de que los cascos se parecen á las ollas; pero es lo cierto que, si se medita despacio, este refrán contiene en germen toda la teoría de Darwin. Parecerse los hijos á los padres, se me antoja lo más natural del mundo, pues esperar otra cosa, sería pedir peras al olmo. Pedir peras al olmo sería, en efecto, pedir á los hijos de David, que fueron unos cuantos, la castidad y la lealtad de que careció su padre. Digo esto, al propósito de que, acabado de leer un adulterio vil del papá, nos pone delante la *Santa Biblia* un incesto asqueroso del hijo, incesto que, como tengo por costumbre en estos graves asuntos, dejaré contar al Espíritu Santo, con la sencillez y candor que le son propios.

Dice así, pues, en el cap. XIII, la *Santa Biblia*, el Libro de los Libros, inspirado de cabo á rabo por Dios, y sin el cual nadie en el mundo sabría el a, b, c, de moral ni de teología.

«Y aconteció después de esto, que teniendo Ab-salom, hijo de David, una hermana hermosa que se llamaba Tamar, enamoróse de ella Amnón, hijo de David.

»Y estaba Amnón angustiado, hasta enfermar por Tamar, su hermana: porque por ser ella virgen, parecía á Amnón que sería cosa dificultosa hacerle algo.

»Y Amnón tenía un amigo (*tercero ó alcahuete hubiérale llamado Quecedo*) que se llamaba Jonadab, hijo de Simea, hermano de David (*cuánto circunloquio para decir que eran primos carnales!*): y era Jonadab hombre muy astuto. Y éste le dijo: Hijo del rey, ¿por qué de día

»en día vas así enflaqueciendo? ¿No me lo descubrirás á mí? Y Amnón le respondió: Yo amo á Thamar, la hermana de Absalom mi hermano.

»Y Jonadab le dijo: acuéstate en tu cama y »finge que estás enfermo; y cuando tu padre viniere á visitarte, dile: Ruégote que venga mi »hermana Thamar, para que me conforte con »alguna comida, y aderece delante de mí alguna »vianda, para que viendo yo, la coma de su »mano.

»Acostóse, pues, Amnón, y fingió que estaba »enfermo, y vino el rey á visitarle: Y dijo »Amnón al rey: Yo te ruego que venga mi »hermana Thamar, y haga delante de mí dos hojuelas que coma yo de su mano. Y David envió á Thamar á su casa diciendo: Ve ahora á casa de Amnón tu hermano, y hazle de comer.

»Y fué Thamar á casa de su hermano Amnón, »del cual estaba acostado; y tomó harina, y amasó é hizo hojuelas delante de él, y aderezólas. »Tomó luego la sartén (*oh sencillez monárquica de otros tiempos! ¡una infanta con una sartén en la mano friendo con sus régias manecitas unos pasteles!*), y sacólas delante de él: mas »él no quiso comer. Y dijo Amnón: Echad fuera de aquí á todos. Y todos se salieron de allí.

»Entonces Amnón dijo á Thamar: Trae la comida á la alcoba, para que yo coma de tu mano. »Y tomando Thamar las hojuelas que había aderezado, llevólas á su hermano Amnón á la alcoba. Y como ella se las puso delante para que comiese, él trabó de ella diciéndole: Ven, hermana mía, acuéstate conmigo. Ella entonces le respondió: No, hermano mío, no me hagas fuereza; porque no se ha de hacer así en Israel. No »hagas tal desacierto. Porque ¿dónde iría yo con »mi deshonra? Y aun tú serías estimado como »uno de los perversos en Israel. Ruégote, pues, »ahora que hables al rey, que no me negará »á tí.

»Mas él no la quiso oír; antes pudiendo »más que ella la forzó, y echóse con ella. Aborrecióla luego Amnón de tan grande aborrecimiento, que el odio con que la aborreció fué mayor que el amor con que la había amado. Y dijo Amnón: levántate, y vete.»

Podría continuar copiando sabrosísimos detalles de lo que pasó después; de cómo se marchó Thamar á contarle lo que le había pasado á su hermano Absalom, mas me parece que lo transcrito basta y sobra para admirar el naturalismo bíblico y ese deleite en el detalle deshonesto que la Santa Escritura tiene por rasgo característico de su estilo. ¿No bastarán estas palabras para que tantos cándidos como, sin leerla, se despepitan en alabanzas de la *Biblia*, paren su lengua repetidora de necedades, y se tomen el trabajo de examinarla, para saber de ciencia propia á qué atenerse sobre las lecciones de moral que suponen que contiene?

El discurso de Amnón es de lo más brutal y cinico que se conoce. La contestación de Thamar es débil, remilgada y provocadora; pues el rey mismo, por ley de Moisés, no se la podía dar, como ella dice, por esposa á su hermano. Estas palabritas «no está bien», «habla al rey que no me negará á tí» la incluyen en aquel montón de *forzadas doncellas* de que tan admirablemente se burla nuestro inmortal Tirso de Molina en estos versos que transcribo de memoria, por no tener á mano la comedia que los contiene:

«Defiéndose una yegua en medio un prado
De toda una caterva de rocines,
Sin que pueda gritar: aquí,
Que maltratan mi honor.
Huye una gata
Por los camaranchones y tejados
Con sólo decir *miau* y dar un bufo.
¿Y querrán estas daifas persuadirnos
Que no pueden guardar sus pertenencias

De peligros nocturnos? Yo aseguro
Que si cual van á presidio los forzados
Fueran las forzadas,

Hubiera menos, y éstas más honradas.»

El incesto este traje cola.

Absalom, el hermano de Thamar, primogénito de David, mozo guapo, pero de corazón atravesado y rencoroso, se guardó la ofensa en el fondo del pecho. Al cabo de dos años, cuando ya juzgaba que nadie pensaría que trataba de vengarse, Absalom convidó á su padre y á sus hermanos, entre ellos Amnón, á un banquete, con motivo del trasquileo de sus ovejas. David se excusó, pero dió permiso á Amnón para que fuese. En lo más alegre de la comida, á una señal de Absalom, sus siervos asesinan á Amnón, vengando de esta manera con un fratricidio un incesto.

¡Valientes príncipes! ¡Dignos hijos de su padre, el rey santo, el inspirado salmista, el elegido por Jehová para simiente de donde había de levantarse el redentor del género humano!

Los que tanto gritáis: ¡hijo de David! ¡hijo de David! cuidado, si hay un mundo de espíritus, como creéis, no respondan á vuestras voces, ó Amnón el incestuoso ó Absalom el fratricida.

Absalom, muerto su hermano Amnón, puso pies en polvorosa, huyendo el primer ímpetu de su padre, yéndose con el rey de Gessur, donde estuvo tres años, transcurridos los cuales, David, olvidado del muerto, suspiraba por ver al matador, que era su primogénito.

Conociendo este secreto deseo del rey, Joab, su general en jefe, procura con astucia la vuelta del foragido, y la consigue. El capítulo que esto cuenta es largo y pesadote, diciendo en substancia, que Absalom volvió, pero no vió la cara de su padre en dos años, hasta que, por intermedio también de Joab, consigue que David le perdone del todo y le bese.

Ya en Jerusalem y conagrado con el rey, Ab-

salom se echó á conspirador. Todas las mañanas se ponía á la puerta de la ciudad y trababa palique con todos los pleitistas, insinuándoles astutamente que si él gobernase de mejor manera marcharían las cosas de Israel. Además, obsequiaba á todo el mundo, tratando á los más humildes con la mayor cortesía, recibiendo en sus brazos cuando iban á postrarse á sus pies, y besándolos con amor; soldados y paisanos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, oían de su boca bonitas palabras de consuelo y justicia para cuando él fuera rey, en sustitución de su padre, viejo, hurano y egoísta.

La propaganda, como no podía menos, hizo su efecto. Al poco tiempo, dice el Santo Libro, Absalom había robado el corazón de los de Israel. Cuando el hermoso y aprovechado mancebo creyó el negocio maduro, pidió á su padre permiso para ir á Hebrón, á cumplir á Jehová un voto que le había hecho en su destierro de Gessur.

David, que debía tener una policía poco más ó menos como la del Sr. Romero Robledo, concedió á su hijo el permiso que solicitaba; y Absalom, tan pronto como se vió en Hebrón, descubrió su propósito y alzóse por rey, despachando emisarios á todas partes con la noticia, y mandando á llamar á su lado en la corte de Hebrón á todos sus parciales, entre ellos á Achitofel Gilonita, hombre de grande ingenio y consejero de David.

Todos los pueblos del mundo fueron siempre aficionados á novedades; y el de Israel, teniendo que elegir entre un rey viejo y receloso, como David, y uno joven y espléndido, como Absalom, tuvo el buen juicio de no dudar. Inclínáronse, pues, los ánimos desde el primer momento en favor de Absalom, y David, lleno de espanto, tomó las de Villadiago, quiero decir, que abandonó la ciudad de Jerusalem con su familia y sus secuaces, subiendo con lágrimas en los ojos el famoso